

na, para fortificarnos, divinizarlos y colmarlos de toda suerte de bienes! ¿Cómo, Señor, os unís á pobres criaturas, á gusanos de la tierra, á gentes rebeldes y no siempre agradecidas? «¡Oh amor de Dios!—exclamó Santa Magdalena de Pazzis. ¡Oh amor! ¿Por qué no ha de ser el Amor amado y también reconocido de sus propias criaturas? ¡Oh Jesús mío! ¿Por qué no tengo una voz bastante fuerte para hacer que me oigan hasta los confines del mundo? En todas partes publicaría que este Amor debe ser conocido, amado y estimado como el único verdadero bien. ¡Oh Amor, Amor! Si no sabéis dónde abrigaros, venid á mí, que yo os daré dulce morada.» (En su vida.)

De esta manera se expresaba aquella Santa virgen ardiendo su corazón en llamas vivas del amor divino. ¿Qué habremos de pensar y decir nosotros, después de haber considerado, en nuestra Epístola, las palabras del grande Apóstol? ¡Oh! Diremos que el Corazón sacratísimo de Jesús al instituir la divina Eucaristía, rebosaba amor infinito para con todos los hombres; diremos con San Agustín (Tract. 48, in Joann.), que Dios, siendo Omnipotente, no pudo darnos más; que siendo sapientísimo, no supo darse más; que siendo riquísimo, no tuvo más que dar: diremos que la Eucaristía encierra el beneficio de la creación, de la redención, de la justificación, de la glorificación y de todos los bienes: diremos que Ella es el milagro de los milagros, el amor de los amores, la obra maestra de Dios; diremos, en fin, que es el Sacramento de los sacramentos, el fin y la consumación de todos ellos y el amor infinito de Dios dado á los hombres con bondad infinita, para endiosarnos cuanto es posible en la tierra y llevarnos después á las eternas mansiones del cielo. Amén.

HOMILÍA 2.^a

Para el día del Corpus.

La Cena eucarística.

HERMANOS míos amadísimos: *El Señor está en su templo; calle y enmudezca en su presencia toda la tierra.* Esto que dijo el Profeta Habacuc en sus días, es lo mismo que yo pudiera deciros ahora, al considerar presente en nuestros altares el cuerpo,

la sangre, el alma y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. El mejor sermón para este día del Santísimo *Corpus Christi* sería post-trarnos humildes ante la presencia augusta de Jesús Sacramentado, y adorar en silencio el soberano misterio que no podemos comprender. Mas como deciros algo es preciso para cumplir mi sacerdotal misión, quiero poner á vuestra consideración las palabras, divinamente inspiradas, de San Pablo en la Epístola de la presente solemnidad. Dice así el grande Apóstol:

«Hermanos: *El Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan y dando gracias lo bendijo, lo partió y dijo: Tomad y comed; este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria de Mí; porque cuantas veces comiereis este pan... anunciaréis la muerte del Señor hasta que venga.*» (I Corint., XI, 23 á 27.)

Cinco acciones de Cristo nuestro Señor, amados míos, indica aquí el Apóstol: 1.^a, *Tomó el pan*; 2.^a, *Dió gracias* á su Eterno Padre; 3.^a, *Bendijo* el mismo pan (1); 4.^a, *Lo partió*; 5.^a, *Lo distribuyó* entre sus discípulos diciendo: «TOMAD Y COMED; ESTE ES MI CUERPO.» ¡Cuánto misterio! ¡Cuánto prodigio! Declarar algo el sentido de dichas acciones, según los sagrados Expositores, es lo que ahora me propongo, y para ello me ceñiré á dos puntos:

- 1.º A lo que Jesús hizo en la Eucaristía.
- 2.º A los fines que se propuso.

PUNTO 1.º

ACCIONES DE JESÚS EN LA NOCHE DE LA CENA

Todas las acciones de Cristo nuestro Señor sobre la tierra son admirables y merecen ser atentamente consideradas, pero ninguna con más veneración y respeto que las realizadas en la institución del Santísimo Sacramento.

En la noche de la Cena—dice nuestra Epístola—esto es, *en aquella misma en que fué entregado, TOMÓ JESÚS EL PAN.* (*Accepit panem.*) No pan común, sino pan ácimo (2), pan sin levadura, pan de

(1) Así lo expresa S. Matth., XXVI, 26.

(2) *Hinc credimus Christum in azymo consecrasset. Greci vero, decepti falsa Joannis XVIII, 28, interpretatione, putant quod Christus Pascha celebravit uno die ante Judeos, seu ante diem Lege statutam. Hinc in pane fermentato consecrant.*

trigo, pero pan verdadero, puro y de la mejor especie de grano, para que se entienda que todo cuanto se relacione con la sagrada Eucaristía ha de ser purísimo, y también para que resalte mejor el milagro portentoso de la conversión del pan en cuerpo y sangre de Cristo. Es decir, que antes de la consagración, el pan era verdadero pan, pero tan luego como Jesús le consagró, se convirtió el pan en cuerpo, sangre, alma y divinidad de nuestro Señor Jesucristo; permaneciendo los accidentes de pan, ó sea el color, el olor y el sabor de dicho pan. ¡Oh asombroso misterio del poder de Dios! La palabra de Jesucristo, que de la nada podía dar existencia á lo que no existía, ¿no ha de poder cambiar lo que ya existe en otra cosa distinta?

Eso es lo que Jesús realizó en la noche de la cena (y lo que seguimos realizando los sacerdotes en el altar), y por eso, como testimonio de tan asombrosa maravilla, el Divino Salvador *dió gracias* á su Eterno Padre (GRATIAS AGENS), de donde procede el nombre de *Eucaristía*, que significa *acción de gracias*; bien sea porque este Sacramento es la mayor de estas gracias, bien porque debemos recibirle con las más vivas acciones de gracias.

Añade la Iglesia nuestra Madre en el Canon de la Misa, que Jesús, *elevados los ojos al cielo, bendijo el pan* (*Elevatis oculis in coelum*), lo cual confirma la grandeza de la obra que iba á realizar; pues Cristo nuestro Señor cuando trataba de obrar un asombroso prodigio, solía elevar los ojos á lo alto (1). Y *bendijo el pan* (*Benedixit*), como expresan en su Evangelio San Mateo y San Marcos, con altísima significación; porque después de la *acción de gracias*, que muestra el agradecimiento á Dios, conviene la *bendición* á la criatura, esto es, al pan, invocando que descienda la virtud del Señor sobre él; y todo como celestial preludio á la consagración, la cual se realiza por aquellas palabras de Jesús: «ESTE ES MI CUERPO.» (*Hoc est corpus meum*).

¡Oh asombro de los asombros! ¡Oh maravilla de las maravillas! ¡El pan de la tierra se convierte en pan del cielo! ¡La criatura en Criador, la hostia en Dios! Y que esto es así, no puede caber duda á ningún cristiano, porque es dogma de nuestra sacrosanta fe, expresamente declarado en varios Concilios ecuménicos, bastando citar al de Trento, donde fué definido que «*después de la consagración, el verdadero cuerpo de nuestro Señor Jesucristo y su verdadera sangre, juntamente con su alma y su divinidad, están bajo las especies del pan*

(1) Véase Matth., XVI, y Joann., XI.

y del vino...», es decir, que las especies sacramentales contienen á *Jesucristo verdadera, real y substancialmente*. (*Vere, realiter et substantialiter*.)

¿En qué se fundó tan soberana Asamblea para declarar como dogma de fe el augusto misterio? Primero, en la asistencia particular y en la autoridad infalible del Espíritu Santo, y además en las palabras divinas de nuestro Señor Jesucristo, quien en repetidas frases y de diversos modos, dijo terminantemente: «*Yo soy el pan bajado del cielo, y el que coma de este pan, vivirá para siempre*.» Y porque jamás ningún cristiano tuviese dudas sobre este punto, añadió: «*El pan que yo os daré, es mi carne para la vida del mundo... Porque mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida... Y el que me come vivirá por mí* (1).»

Pues bien: sentada como verdad inconcusa la real presencia de Jesucristo en el pan eucarístico—añade el Apóstol—que el Divino Salvador *partió el pan* (en doce partes), y *distribuyéndolo* entre los Apóstoles, dijo: «*Tomad y comed; ESTE ES MI CUERPO*.» Palabras operatorias que instantáneamente realizaron aquello mismo que significaban. Esto es, que instantáneamente convirtieron el pan en cuerpo y sangre suyos, quedando hecha la *transubstanciación sacramental*.

Y como después añadió Jesús á sus discípulos: «*Haced esto en memoria de mí*. (*Hoc facite in meam commemorationem*); es como si les dijera: «Yo con autoridad omnimoda y con virtud omnipotente, os otorgo ahora el asombroso poder de hacer lo mismo que yo hago, é igualmente á vuestros sucesores en el apostolado.» Es decir, que les concedió á ellos y á nosotros los sacerdotes la potestad divina de consagrar el pan y el vino, pronunciando las mismas palabras que El pronunció como si fueran salidas de sus labios adorables; de tal suerte que, por pecador é indigno que sea el sacerdote, convierte el pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo, con sólo pronunciar debidamente las palabras de la consagración.

¡Oh poder asombroso! ¡Oh caridad infinita de Jesús para con los hombres! Todo esto fué obra de su amor inefable *para unirnos íntimamente á sí, para transformarnos como en dioses terrenos, y para que recordemos de continuo los acerbos dolores de su pasión sacratísima*.

Consideremos, aunque sea ligeramente, estos misericordiosos fines de su amante corazón.

(1) Ego sum panis vivus qui de coelo descendi... Caro mea vere est cibus, et sanguis meus vere est potus... Qui manducat me, et ipse vivet propter me. (Joann., VI.)

PUNTO 2.º

FINES DE JESÚS EN EL SACRAMENTO EUCARÍSTICO

El amor infinito del Corazón de Jesús para con todos los hombres hizo instituir el Sacramento augusto de la Eucaristía, y como el amor tiende á unirse íntimamente con el objeto amado, siguese que el primero de todos los fines de Jesús en tan grandiosa obra, fué unirnos á su propia persona y hacernos partícipes de su misma divinidad. ¡Oh! Si los hombres comprendieran esto, ¿cómo era posible que no estuviesen siempre ansiosos de recibir la Comunión sagrada?

Llámase *Comunión*, ó sea *Comun-unió*n, porque el Santísimo Sacramento une, no solamente á los hombres entre sí, sino á todos y á cada uno de ellos con Cristo, y mediante Cristo con Dios su Padre, realizándose así aquella sublime súplica que el Divino Salvador hizo diciendo:

«Padre santo, conservad en vuestro nombre á los que me habéis dado, á fin de que sean uno como nosotros...» Yo en ellos, Padre mío, y tú en mí, para que sean consumados en la unidad (1).

Con efecto, amados míos. *El Padre está en el Hijo, el Hijo en el Padre, y el Padre y el Hijo son una misma cosa* (2); por consiguiente, cuando comulgamos y recibimos al Hijo, recibimos también al Padre, y Jesucristo parece decirnos: «Cristianos míos, yo estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina y vosotros estáis en mí y yo en vosotros por la Comunión sagrada.» ¡Qué unión tan inefable, si el hombre supiera apreciarla como es debido!

Nada en el mundo hay más provechoso que esta unión; porque cuando comemos el sagrado pan, éste no se cambia en substancia nuestra, como acontece con el pan ordinario, sino que más bien nos cambia en la substancia de Jesucristo, y Jesucristo nos une á sí, y nos hace semejantes á El, y nos comunica á todos y á cada uno en particular su sangre divina, el precio de su pasión y todos sus merecimientos infinitos (3). ¿Quién puede imaginar ni concebir unión más dichosa ni más íntima que la realizada por el alma fiel cuando

(1) Pater sancte, serva eos in nomine tuo, quos dedisti mihi, ut sint unum sicut et nos... Ego in eis, et tu in me, ut sint consummati in unum. (Joann., XVII, 11 y 23.)

(2) Pater in me est, et ego in Patre... Ego et Pater unum sumus. (Joann., X, 30 y 38.)

(3) Hic panis sacer comestus, non mutatur in nostram substantiam, sed nos potius in se transmutat, sibi que unit, et similes facit. (S. Agust. In Psal.)

en la Comunión sagrada se abraza amorosamente con el Verbo mismo de Dios? «Jesucristo—dijo el Crisóstomo—se une, se incorpora á nosotros, ó más bien nos incorpora á El, para que formemos con El como una sola cosa, á la manera que el cuerpo forma una sola cosa con la cabeza (1)»; y por eso nuestro divino Redentor dijo expresamente: «*El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él* (2).»

Paréceme, amados míos, que no puede darse doctrina más dulce y consoladora que esta que acabo de exponer; pues de ella se sigue por consecuencia inmediata é ineludible, que la divina Eucaristía nos sublima y engrandece sobre todo lo imaginable. «*Nosotros—dijo San Pablo—somos transformados á semejanza de Dios* (3)». Es decir, que por la sagrada Comunión nos convertimos en templos vivos de Dios (4); no ya que nos transformemos esencialmente de tal suerte que nuestra esencia se convierta en la esencia divina, sino que, accidentalmente, por la reflexión de la luz de Cristo recibida en nosotros, la reflejamos á manera de espejos, y somos partícipes de su claridad, que comunicamos á otros por modo sobrenatural y misterioso (5). No es, pues, de maravillar que el Apóstol, divinamente inspirado, dijera: «*Somos el cuerpo de Cristo y los miembros de sus miembros... Vivo yo, pero no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí* (6). «*Vivit vero in me Christus*. Ni tampoco han de sorprender aquellas palabras de San Agustín: «*Dios se hizo hombre, para que el hombre fuera hecho Dios; y para que el hombre comiera el pan de los ángeles, el Señor de los ángeles fué hecho hombre* (7).»

Por último, otro de los fines que Cristo Nuestro Señor se propuso en la institución de la sagrada Eucaristía, fué el dejarnos un recuerdo constante de su pasión sacratísima por amor nuestro, que

(1) Semetipsum nobis immiscuit, et corpus suum in nos contemperavit, ut unum quid efficiamur, tamquam corpus capiti coaptatum. (S. Crisóst., Homil. 61 ad pop.)

(2) Qui manducat meam carnem, et bibit meum sanguinem, in me manet, et ego in illo. (Joann., VI, 57.)

(3) In eandem imaginem transformamur. (II Corint., III, 18.)

(4) Vos estis templum Dei vivi. (II Corint., VI, 16.)

(5) Per illius gloriæ reflexionem fimus et nos ejus claritatis partícipes, et ad ejus accedimus similitudinem. Imo fimus quasi specula, jubar divinum in alios emittentia et quasi soles quidam alios illuminantes. (Piconio.)

(6) Vos estis corpus Christi, et membra de membro. (I Corint., XII, 27.)—Vivo autem jam non ego, vivit vero in me Christus. (Galat., II, 20.)

(7) Factus est Deus homo, ut homo fieret Deus; ut panem angelorum manducaret homo, Dominus angelorum factus est homo. (S. Agust., Serm. IX De Nativ. Dom.)

por eso dijo entonces á sus discípulos: «*Haced esto en memoria mía.*» (*Hoc facite in meam commemorationem*).

Siempre, pues, que los sacerdotes celebramos la santa Misa, ponemos ante la consideración de los fieles el cruento Sacrificio del Gólgota, y en nuestros altares se renueva, aunque de un modo incruento, la pasión y muerte de nuestro Señor Jesucristo. La Eucaristía es un verdadero holocausto, porque Jesucristo se ofrece entero en la consagración y en la comunión. Es un sacrificio de expiación en el cual la divina víctima, Cristo Jesús, se ofrece y satisface por nosotros.

En suma, la Eucaristía es, entre nosotros, el mayor y el más perfecto de los sacrificios, el único grande y el único perfecto, pues con él Dios es tan honrado como desea y merece; es infinitamente honrado porque es Dios que se ofrece á Dios.

Demos gracias al Señor por habernos dejado en la Eucaristía un memorial eterno de todas sus bondades y de todas sus maravillas. Entre todos los prodigios de la infinita grandeza de Dios, nada hay tan grandioso en la tierra como el Santísimo Sacramento, y nada hay tampoco más excelso y adorable en lo alto de los cielos. Esto fué lo que Jesucristo hizo por nosotros en la noche de la Cena llevado de su inefable é incomprensible amor. Procuremos, pues, ser agradecidos, y pagarle amor por amor, viviendo, combatiendo y sufriendo hasta morir en honor de Cristo Sacramentado, quien con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina en los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA 1.^a

Para el Domingo II después de Pentecostés.

De cómo el odio se vence con el amor.

HERMANOS míos queridísimos: Sublimes y magníficas enseñanzas nos suministra el capítulo tercero de la carta primera de San Juan, de donde la Iglesia nuestra Madre ha tomado la Epístola de la presente Dominica. En dicho capítulo nos exhorta ante todo á la caridad fraterna mostrándonos el amor que Dios nos

tiene, para que á su semejanza nos esforcemos en amarnos los unos á los otros; y después, por vía de consecuencia, añade lo siguiente:

«*Y así no extrañéis, hermanos, que el mundo os aborrezca. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte á la vida, porque amamos á nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte; cualquiera que aborrece á su hermano es homicida, y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna que permanezca en sí mismo.*» (I Joann., III, 13 al 16.)

Tal es, cristianos, la letra de nuestra Epístola, y de ella se derivan dos enseñanzas, que conviene considerar, á saber:

- 1.^a Por qué el mundo aborrece á los buenos cristianos.
- 2.^a El provecho que nos reporta el amar á nuestros prójimos.

PUNTO 1.^o

POR QUÉ ABORRECE EL MUNDO Á LOS BUENOS CRISTIANOS

«*Hijos míos—dijo el Apóstol San Juan á los Hebreos—tened cuidado que ninguno os engañe... En esto son conocidos los hijos de Dios y los hijos del diablo, en que aman ó no á sus hermanos; porque esta es la doctrina que habéis oído desde el principio, que os améis los unos á los otros. No como Caín, que era del maligno y mató á su hermano.—¿Y por qué le mató?—Porque sus obras eran malas y las de su hermano buenas.*» (I Joann., III, 7 á 12.) Es decir, carísimos hermanos, que desde el principio del mundo vienen las obras de los hombres buenos dando en rostro á los que son malos, y éstos aborreciendo de muerte á los que son fieles observadores de los Mandamientos de Dios; y por eso nuestra Epístola en el día de hoy, comienza diciendo: «*No extrañéis, hermanos, si el mundo os aborrece.*» (Verso 13.)

Hermosa advertencia que deben tener presente todos aquellos cristianos que se afligen con exceso al ver la iniquidad triunfante aborreciendo y persiguiendo á las personas buenas que se ejercitan en la piedad y en el servicio divino. Siempre fué así, porque siempre la conducta de los hijos de Dios ha sido como faro luminoso que descubre y pone de relieve las injusticias é iniquidades de los hijos del diablo. Esto no puede menos de exasperarlos y hacer que conciban en su corazón odio satánico á todo lo que sea bueno, justo, santo y laudable.